

— ¿Dónde están los cinco? preguntó el prudente Babolin.

— Hélos aquí, dijo poniéndole un napoleón en la mano.

— ¿Cinco francos de veras? exclamó el pilluelo.

— Miralos, dijo el desconocido.

Babolin miró, pero dudando del testimonio de sus ojos:

— Veamos cómo suenan, dijo.

Y dejó caer en el suelo la moneda, que produjo al caer un sonido argentino.

— ¿Con que queréis ver á Rosa de Noel?

— Sí.

— Por supuesto, ¿no para hacerla daño?

— ¡Oh! al contrario.

— Entonces, subamos.

Y Babolin, abriendo la puerta, se lanzó por la escalera del entresuelo.

— Subamos, exclamó el desconocido, que comenzó á salvar los escalones con una prontitud y ligereza semejante á la que hubiera puestó para subir las escaleras del paraiso.

En un momento estuvieron á la puerta de Rosa de Noel, donde el desconocido se detuvo sólo el tiempo preciso para tomar un polvo de su tabaquera de porcelana y bajar sus anteojos sobre su nariz.

CAPÍTULO IV.

LO QUE EL SR. DE MONTROUGE VENÍA Á HACER REALMENTE EN CASA DE LA BROCANTE.

En el momento en que el Sr. de Montrouge, precedido de Babolin, encorbaba su alta estatura para no tropezar

con el marco de la puerta, y se deslizaba por ella, pues estaba entreabierta, Rosa de Noel, sentada ante una pequeña mesa de laca, regalo de Regina, se entretenía en iluminar flores, regalo de Petrus.

— Rosa de Noel, dijo Babolin, aquí hay un Sr. de Montrouge que quiere hablarte.

— ¿Á mí? dijo Rosa de Noel levantando la cabeza.

— Á ti en persona.

— Á vos, querida mía, dijo el señor alzando sus anteojos, á fin de ver á la niña con su propia vista, pues que á sus ojos más bien parecían estorbarles que ayudarles los dos vidrios azules interpuestos entre ellos y el objeto en que se fijaban.

Rosa de Noel se levantó, pues había crecido desde hacía tres meses de un modo extraordinario. No era ya la niña escuálida y enfermiza que hemos visto en la calle Triperet; era una joven pálida, delgada todavía, pero su palidez y delgadez provenían evidentemente de estar creciendo. Transportada á una atmósfera más simpática á su organización, su cuerpo se había desarrollado. Era un joven arbusto débil y flexible, siempre pronto á doblegarse al menor soplo de viento, pero ya en flor.

Saludó al Sr. de Montrouge, y mirándole con sus grandes ojos admirados:

— Y bien, señor, exclamó, decidme, ¿qué es lo que me queréis?

— Hija mía, dijo el desconocido con su más dulce voz, vengo enviado por personas que os quieren mucho.

— ¿Por la hada Carita? exclamó la niña.

— No conozco á la hada Carita, exclamó el señor sonriendo.

— ¿Entonces por Mr. Petrus?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

— No es tampoco por Mr. Petrus.

— ¿Pues será entonces por Mr. Salvador?

— Justamente, dijo el Sr. de Montrouge, por el Sr. Salvador.

— ¡ Ah ! mi buen amigo Salvador ya me olvidaba, exclamó la niña, pues hace lo menos quince días que no le he visto.

— Á propósito de eso vengo : me ha dicho : « Id á ver á Rosa de Noel : decidla que siga bien y suplicadla que os responda á las preguntas que la haréis, como me respondería á mi. »

— Entonces, dijo Rosa sin pararse en la última parte de la frase, ¿ Mr. Salvador está bueno ? ¿ Cuándo le veré ?

— Mañana, pasado tal vez. Ahora está muy ocupado. Hé aquí por qué he venido en su nombre.

— Entonces, sentaos, caballero, dijo Rosa de Noel presentando una silla al Sr. de Montrouge.

En cuanto á Babolin, viendo que Rosa de Noel estaba con un amigo de Salvador, y que por consiguiente nada tenía que temer, curioso además por saber lo que había sucedido á Caramela, Babybas, los otros perros, Phares y la Brocante, se deslizó calladito, en tanto que el Sr. de Montrouge se sentaba, volvía á colocar sus anteojos sobre su nariz y tomaba un polvo.

Seguro después de que la puerta estaba perfectamente cerrada :

— Os he dicho, hija mía, continuó, que Mr. Salvador me había encargado que os hiciera algunas preguntas.

— Hacedlas, señor.

— ¿ Responderéis francamente á ellas ?

— Puesto que venís de parte de Salvador, dijo Rosa de Noel.

— Veamos : ¿ os acordáis de vuestros primeros años ?

— Rosa de Noel miró fijamente al desconocido.

— ¿ Qué entendéis por eso, caballero ?

— Os pregunto, por ejemplo, si os acordáis de vuestros parientes.

— ¿ De cuáles ? preguntó Rosa de Noel.

— De vuestro padre y de vuestra madre.

— Un poco de mi padre, de mi madre nada.

— ¿ Y de vuestro tío ?

Rosa de Noel palideció sensiblemente.

— ¿ De qué tío ? preguntó.

— De vuestro tío Gerard.

— ¿ De mi tío Gerard ?

— Si, ¿ le reconoceriais si le vierais ?

Un ligero temblor comenzó á agitar los miembros de Rosa de Noel.

— ¡ Oh ! dijo, ciertamente. ¿ Tenéis acaso noticias suyas ?

— Las tengo, respondió el Sr. de Montrouge.

— Vive todavía ?

— Vive.

— Y...

La joven dudó. Se veía que hacía un violento esfuerzo para combatir una invencible repugnancia.

— ¿ Y Mad. Gerard ? dijo el Sr. de Montrouge levantando sus anteojos y fijando en ella sus ojillos penetrantes que parecían tener el fascinador poder del basilisco.

Pero al oír este nombre de Mad. Gerard, la niña cayó hacia atrás lanzando un grito, y deslizándose del asiento en que estaba, apareció presa de un horrible ataque de nervios.

— ¡ Diablo, diablo ! dijo el Sr. de Montrouge volviendo

á colocar sus anteojos sobre su nariz : ¿ cuánto va que esta gitanilla tiene nervios como si fuera una princesa ?

Y trató de volverla á sentar en la silla.

Pero la niña se encabritaba como si estuviese atacada del tétano.

— ¡ Hum ! hizo el Sr. de Montrouge mirando á su alrededor : esto se va poniendo serio.

Vió el lecho de Rosa de Noel, cogió á la niña en sus brazos y la llevó á la cama.

— ¡ Picarilla ! dijo más y más embarazado : ¿ hase visto cosa como ésta ? ¡ Pararse justamente en el paso más interesante !

Sacó un frasco del bolsillo y se lo hizo aspirar. Pero de pronto, como si le hubiera asaltado un nuevo pensamiento, separó el frasco de la nariz de la niña.

— ¡ Ah, ah ! dijo ; parece que ya se tranquiliza.

En efecto, los sacudimientos nerviosos eran menos violentos y las convulsiones cedían el lugar á un simple desmayo.

Esperó que se hubiera desvanecido el último estremecimiento y que Rosa de Noel, tendida en su lecho, quedara inmóvil como una muerta.

— Vamos, dijo, saquemos ahora partido de las circunstancias.

Y dejando á Rosa de Noel tendida y sin movimiento en la cama, se encaminó á una puerta que abrió.

— Un gabinete sin salida, dijo.

Después, abriendo la ventana :

— ¡ Y esta ventana ?

Se inclinó hacia fuera.

— ¡ Doce pies apenas !...

Por último, yendo hacia la puerta y sacando con una

mano la llave de la cerradura en tanto que con la otra sacaba una plancha de cera de su bolsillo, y acercando ambas manos imprimió la figura de la llave sobre la cera :

— Á fe mía que ha sido una fortuna el que la chica se haya desmayado, dijo el desconocido, pues si no me hubiera visto obligado á proceder por apreciación lo que siempre es menos seguro, en tanto que ahora...

Y miró el grabado impreso en la cera, el cual comparó con la llave.

— En tanto que ahora caminamos sobre seguro.

Y volviendo á meter el pedazo de cera en el bolsillo y la llave en la cerradura, cerró la puerta diciendo :

— Vamos, al fin y al cabo hay siempre que convenir con Voltaire en que « todo está bien en el mejor de los mundos posibles, » y sin embargo...

El desconocido se rascó la oreja como un hombre que duda entre un bueno y un mal pensamiento.

El bueno, cosa rara, triunfó.

— Y sin embargo, dijo, no puedo abandonar á esta muchacha en semejante estado.

En este momento llamaron á la puerta.

— Quien quiera que seáis, entrad, ¡ pardiez ! dijo el Sr. de Montrouge.

La puerta se abrió en efecto, aunque empujada con alguna violencia, y Ludovico apareció.

— ¡ Ah ! ¡ bravo ! dijo el Sr. de Montrouge, llegáis muy á tiempo, mi joven esculapio, y si algún médico ha acudido á tiempo cuando se le llamaba, podéis alabaros de que ese sois vos.

— Mr. Jackal, respondió Ludovico estupefacto.

— Para serviros, mi querido Mr. Ludovico, dijo el polizone ofreciendo á Ludovico un polvo de su tabaquera.

Pero Ludovico rechazó con su mano la de Mr. Jackal, y acercándose al lecho :

— Caballero, dijo, como si tuviera el derecho de interrogarle, ¿qué habéis hecho á esta niña?

— Yo, caballero, respondió Mr. Jackal como si hubiera adoptado decididamente el partido de la dulzura, absolutamente nada, pero parece que está propensa á padecer espasmos.

— Sin duda caballero, pero no sin causa.

Y mojando su pañuelo en un jarro lleno de agua, lo aplicó á la frente y sienes de la joven.

— ¿Qué la habéis hecho? ¿Qué la habéis dicho?

— Hecho, nada; dicho, poca cosa, respondió lacónicamente Mr. Jackal.

— ¿Pero en fin?

— Dios mío, mi querido Ludovico, ya sabéis que los mendigos, hechiceros, nigrománticos, saltimbanquis, bohemios y juglares están bajo mi jurisdicción.

— Sí.

— Pues bien, habiendo olvidado la Brocante al mudarse con sus perros y su corneja de anunciarme el nuevo cuartel en que había elegido domicilio, he tenido que seguirla la pista. Se ha descubierto que vivía en la calle de Uhm, y como creo que es amiga de Mr. Salvador, á quien quiero con todo mi corazón, en lugar de hacerla prender y enviarla á la sala San Martín como era mi derecho ó mi deber, me he presentado en su casa.

Pero parece que hace un momento ha salido por la ventana seguida de sus perros y de su corneja, de modo que he encontrado la casa vacía y la puerta abierta. He entrado, encontré una escalera, la subí y llamé á una puerta. Como ha poco os dije yo á vos, me dijeron: « Entrad, »

sólo que en vez de encontrar á la pequeña Rosa de Noel desmayada, la hallé junto á esa mesa iluminando grabados. En ausencia de su madre, y para no dar un paseo en balde, la he interrogado: pero hé aquí que al hablarme de su infancia, de sus parientes, de una cierta Mad. Gerard, que era no sé qué suyo, se ha desmayado. La he cogido en brazos, la he llevado á la cama, y acababa de dejarla lo más delicadamente posible en ella como veis, mi querido Mr. Ludovico, cuando una feliz casualidad os hizo llegar.

Parecía todo esto tan sencillo y tan natural, que Ludovico no dudó ni un momento que aquello hubiera pasado como decía.

— Pues bien, caballero, dijo, si aun tenéis algunas dudas sobre la Brocante, dispuestos estamos Salvador y yo á responderos de ella. Para ello debéis dirigiros á nosotros.

Mr. Jackal se inclinó.

— Con semejante patronato, Sr. Ludovico, dijo... Pero creo que la niña hace algún movimiento.

— En efecto, dijo Ludovico que no la había abandonado; creo como vos que va á abrir los ojos.

— En ese caso, dijo Mr. Jackal, me marchó; tal vez mi presencia pueda hacerla daño. Decidla, Sr. Ludovico, que siento en el alma ser causa inocente de lo que acaba de pasar.

Y después de haber ofrecido un segundo polvo á Ludovico, que lo rehusó como el anterior, Mr. Jackal salió en efecto del cuarto con un gesto que indicaba su desesperación por lo que había sucedido en casa de una amiga de Salvador y de Ludovico.

CAPITULO V.

FANTASÍA Á DOS VOCES Y Á CUATRO MANOS SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS HOMBRES Y DE LOS PERROS.

En el momento en que Mr. Jackal bajaba rápidamente la escalera del entresuelo de Rosa de Noel, el cuarto de la Brocante estaba aún vacío de sus ordinarios habitantes, pero momentáneamente ocupado por un habitante extraordinario.

Tomemos las cosas de un poco más atrás. En medio del general desarreglo que había causado la escapatoria de Babylas, el amo de Caramela, que hasta ahora sólo conocemos por la rudeza de su voz, que había estremecido hasta la médula de los huesos á Babylas, después de haberla seguido con la vista hasta la esquina de la calle, después de haber visto á Babylas lanzarse por la ventana y después á la Brocante seguir á Babylas, y á Phares seguir á la Brocante, y á los perros seguir á Phares, y por último á Babolin que cerraba la marcha cinco minutos después, el amo de Caramela, decimos, sea que estuviera preparado de antemano con un objeto que más adelante sabremos, sea que no le importasen un ardite los esponsales de su pupila, el amo de Caramela se entró por la puerta de la Brocante, segundos después que Babolin salió por la ventana.

La habitación estaba enteramente desierta, lo que no pareció admirarle.

Así que, metiendo sus manos en los dos hondos bolsillos de su redingote, se puso á hacer un detenido y minucioso

inventario de los muebles y objetos que había en el cuarto de la Brocante.

Aquella negligencia que afectaba y que le hacía parecerse á un inglés visitando un museo, desapareció al ver un delicioso bosquejo de Petrus que representaba las tres brujas del Macbeth cumpliendo la obra infernal alrededor de la caldera.

Acercóse vivamente al cuadro, le descolgó, lo miró primero con placer, después con amor, quitó en seguida con gran cuidado el polvo que le cubría, y admiró hasta los más pequeños é imperceptibles detalles.

Finalmente, después de haber hecho cuantos guiños y monadas pudiera hacer un amante al mirar el retrato de su amada, acabó por sepultarlo en uno de sus inmensos bolsillos, con objeto sin duda de contemplarlo más á sus anchas en su casa.

Al mismo tiempo entraba Mr. Jackal por la puerta opuesta en el cuarto de la Brocante, justamente en el momento en que el cuadro desaparecía en el bolsillo.

— ¡Gibassier! exclamó Mr. Jackal medio admirado.

Porque frente á frente de Gibassier, el jefe de policía era demasiado inteligente para admirarse del todo.

— ¿Vos aquí, Gibassier? Os creía en la calle de Postas.

— Caramela y Babylas son los que están allí, respondió inclinándose el ilustre conde de Bagneres de Tolón: una vez ellos allí, he pensado que V. E. podía necesitarme y he venido.

— La intención es buena, y os doy gracias por ella; pero sé cuanto quería saber. Venid, mi querido Gibassier, nada tenemos ya que hacer aquí.

— Es verdad, respondió Gibassier cuyos ojos desmen-

tian sus palabras; es verdad, nada tenemos ya que hacer aquí.

En efecto, el gran amor de la pintura había divisado en la pared de enfrente otro cuadro de las mismas dimensiones que el que ya poseía y que le parecía ser un Fausto, cabalgando con Mephistópheles.

Y al pronunciar aquellas palabras se sentía irresistiblemente atraído hacia el *Fausto*, como se había sentido atraído hacia las *Brujas* del Macbeth.

Pero Gibassier tenía gran poder sobre sí mismo y este poder lo debía á la fuerza de su razón.

Se detuvo pues murmurando:

— Y en resumidas cuentas, ¿qué me impedirá volver uno de estos días? Sería demasiado absurdo descompletar el juego, cuando son de tanto mérito.

Volveré á pasar por aquí mañana ó pasado.

Y después de haberse dado á sí mismo la seguridad de una próxima visita, Gibassier alcanzó á Mr. Jackal, el cual había ya abierto la puerta de la calle, y no oyendo los pasos de su leal amigo, sino el eco de los suyos, se volvía inquieto para averiguar la causa de su tardanza.

Gibassier comprendió perfectamente la inquietud de Mr. Jackal.

— Héme aquí, dijo.

Mr. Jackal hizo á su acólito un signo de satisfacción, cuidó de que cerrase perfectamente la puerta, y cuando estuvo ya en la calle de Ulm:

— ¿Sabéis, Gibassier, le dijo, que tenéis una perra preciosa, un animal verdaderamente raro?

— Los perros son como los muchachos, excelencia, respondió sentenciosamente Gibassier; cogiéndolos en buena edad se hace de ellos lo que se quiere; es decir, que se les puede hacer á gusto de uno, buenos ó malos, santos

ó pícaros, idiotas ó inteligentes: el todo consiste en saber cogerles á tiempo. Si no les inculcáis desde la infancia los más severos principios, no haréis nada de ellos que valga la pena. Á los tres años un perro es incorregible, como un muchacho á los quince. Porque ves, como yo, sabéis, excelencia, que las facultades en el hombre y el instinto en los animales se desarrollan á proporción de la duración de la existencia.

— Sé efectivamente eso, Gibassier, pero las verdades más conocidas al pasar por vuestros labios toman tal aire de novedad que se rejuvenecen: sois un prodigio de ciencia, Gibassier.

Gibassier inclinó modestamente la cabeza.

— He hecho mis primeros estudios en el seminario, dijo, y los he concluido á la vista y bajo la dirección de los más hábiles teólogos; mejor dicho, no los he concluido, porque sigo estudiando diariamente. Pero lo que con más afición he estudiado es la manera de educar, instruir formar y reformar á la juventud. ¡Oh! respecto á esto, confieso que los jesuitas son los mejores maestros que en estas materias se pueden tener. En disidencia, sin embargo, algunas veces con ellos sobre ciertos puntos de educación, creo haber aprovechado su método, y si algún día llego á ser ministro de Instrucción pública, mi primer acto será una reforma absoluta, radical, de nuestro sistema de educación, defectuoso por demás.

— Sin estar de acuerdo enteramente con vos sobre este punto, dijo Mr. Jackal, creo efectivamente, Gibassier, que hay mucho que hacer en esta materia. Pero permitidme os diga que no me preocupa en este momento tanto la educación de los niños como los medios de que debéis de haber hecho uso para educar á Caramela.

— ¡ Oh ! son muy sencillos, excelencia.
 — ¿ De veras ?
 — Un poco de dulzura y mucho palo.
 — ¿ Cuánto tiempo hace que la tenéis ?
 — Desde la muerte de la marquesa.
 — ¿ Á quién llamáis la marquesa ?
 — Á una querida mía, que era al mismo tiempo dueña de Caramela.

Mr. Jackal levantó los anteojos y miró á Gibassier.

— ¿ Amabais á una marquesa ? le preguntó.
 — Al menos era amado de ella, dijo modestamente Gibassier.

— ¿ Una verdadera marquesa ?
 — No respondo de que haya ido nunca en los carruajes de palacio ; pero sí puedo deciros que he visto sus títulos.
 — Os felicito por ello, Gibassier, y os doy el pésame al propio tiempo, pues que á la vez me anuncian vuestras palabras la vida y la muerte de tan aristocrática persona.
 ¿ Conque ha muerto ?

— Así parece.
 — ¿ Estabais en París cuando sucedió la catástrofe ?
 — No, excelencia ; estaba en el Mediodía.
 — ¡ Ah ! ¿ viajabais por tomar aires como habéis tenido la complacencia de manifestármelo en otras ocasiones ?
 — Sí, es cierto.
 — ¿ Y cómo ha pasado eso ?
 — ¡ Oh ! muy sencillamente, escuchad.

Una mañana encontré á Caramela que había sido testigo, si no ciego, mudo de nuestros amores. Llevaba en el collar una carta de la marquesa, en la que me anunciaba que á punto de morir, en una cercana aldea, me enviaba á Caramela para darme el último adiós.

— ¡ Oh ! esto hace llorar, dijo Mr. Jackal sonándose estrepitosamente á pesar de los preceptos de buena educación. ¿ Y adoptásteis por lo visto á Caramela ?

— Sí, seis ú ocho meses antes había comenzado su educación : volví á empezarla donde la había concluido : llegó á ser la compañera de mis juegos, la confidente de mis penas, y al cabo de ocho días no tenía secretos para ella.

— ¡ Qué dulce amistad ! exclamó Mr. Jackal.

— ¡ Oh ! sí, en un siglo en que los intereses han reemplazado á los sentimientos, conmueve ver á los animales darnos pruebas de afecto que no debemos esperar de los hombres.

— ¡ Pensamiento amargo, Gibassier !

— Pero justo, Mr. Jackal.

CAPÍTULO VI.

FANTASÍA Á DOS VOCES Y CUATRO MANOS SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS HOMBRES Y DE LOS PERROS (CONTINUACIÓN).

— Viendo, después de un examen detenido y profundo, continuó Gibassier, que Caramela era inteligente y sensible, pensé en poner á prueba su inteligencia y en utilizar su sensibilidad.

La enseñé primero á distinguir á las gentes bien vestidas de las que lo estaban mal ; á doscientos pasos reconocía y distinguía á un hidalgo de un proletario, al abad y al banquero, al soldado y al notario.

Los que la inspiraron un horror invencible que nunca

pude quitarle, fueron los gendarmes. Tenía cuidado de decirle que aquellos guardianes de la sociedad eran los niños mimados del gobierno; en cuanto olfateaba á alguno, fuese de á pie ó á caballo, disfrazado ó de uniforme, volvía á mi con la cola baja, inquieta, indicándome con la mirada el sitio del horizonte ó la dirección que el enemigo traía. Para no causar al pobre animalito disgusto ninguno, me alejaba de los caminos, y buscando un abrigo cualquiera donde estuviera lejos de la vista de su enemigo natural la pobre perrilla. Así volví de Tolón á París tomando toda clase de precauciones.

— ¿Se entiende que sólo por ella?

— Por supuesto; en cambio agradecida no sabía negarme nada, ni aun las cosas que más le cuestan, por el respeto que á sí misma se debe.

— Explicadme más claramente lo que queréis decir, Gibassier. Después de lo que acabo de ver en la habitación de la Brocante, tengo ciertos proyectos sobre la Caramela.

— Caramela estará siempre á vuestra disposición, y se honrará mucho con hacer cualquier cosa con vos.

— Escucho.

— Pues bien, hé aquí uno de los más importantes servicios que me ha prestado el animalito.

— ¿Uno entre ciento?

— Entre mil. En una ciudad de provincia que habitábamos hace unos ocho días, inútil es decirnos cuál, pues que todas se parecen, en una de las ciudades por que pasamos, y en la que la circunstancia que os voy á contar nos obligó á detenernos algunos días, vivía la heredera más vieja de todo el departamento, acompañada de un perrito, el faldero más viejo también de la provincia.

Estas dos antigüedades vivían en el piso bajo, de una de las calles más desiertas de la ciudad. La calle de Ulm de aquel sitio.

Una mañana que pasaba por delante de la casa vi á la marquesa bordando al tambor, y el faldero apoyadas las dos patas en el hierro que sirve de travesaño á la ventana.

— No le confundiréis por supuesto con el perro de la Brocante.

— Hacedme la gracia de creer que en mis momentos lúcidos, es decir, cuando el viento sopla del Este distingo, como Hamlet, un besugo de una chocha, y con más razón un faldero de un doguillo.

— He hecho mal en interrumpiros, Gibassier; continuad, amigo mío, sois verdaderamente el padre de vuestros descubrimientos, el inventor de vuestras invenciones.

— Me envanecería con ese mérito, si gracias á la vasta instrucción que vos reconocéis en mí no conociera yo el triste fin de todos los inventores.

— No insisto más.

— Y yo, con vuestro permiso vuelvo á tomar el hilo de mi historia.

— Seguid, amigo Gibassier.

— Pronto me aseguré que la casa estaba habitada por tres personas: el faldero, la marquesa y una criada vieja. Luego, como había visto al pasar por la ventana del comedor... no sé si he tenido el honor de decirnos que soy en extremo aficionado á la pintura.

— No, pero no por eso os estimo menos, Gibassier. Gibassier se inclinó.

— Como había visto, continuó, por la ventana del comedor, dos encantadores Watteau, que representaban escenas de la comedia italiana...

— ¿ Os gusta también la comedia italiana ?

— En pintura, sí. Adquirir estos dos cuadros fué mi único pensamiento durante el día, mi pesadilla por la noche.

Interrogué á Caramela, porque sin su concurso nada podía hacer.

— ¿ Has visto el falderito de la viuda ? la pregunté.

Hizo con la cabeza la más graciosa mueca que os podéis imaginar.

— Es muy feo, proseguí.

— ¡ Oh ! sí, me dió á entender sin dudar un momento.

— Pienso como tú, Caramela, continué ; pero todos los días vemos á las jóvenes más hermosas casarse con los más horribles falderos. Es lo que se llama un matrimonio racional. Cuando hayamos llegado á París te haré ver en el teatro de Madame una pieza de Mr. Escribe que te probará esto tan claro como la luz del día. Además no estamos en este valle de lágrimas para comer terrones de azúcar y hacer lo que se nos antoje. Si sólo hiciéramos lo que nos agrada, probablemente nunca haríamos nada. Preciso es pues no hacer caso de la fealdad del faldero de la marquesa, y enviarle alguna de esas miradas que tu difunta ama repartía algunas veces entre sus amigos. Una vez seducido el faldero, te permito que te hagas la coqueta, y cuando le hayas atraído fuera de la casa, y á su ama en pos de él, te permito que le castigues severamente por su fatuidad.

Este postrer razonamiento produjo en Caramela un efecto extraordinario. Meditó un instante, y después de esta breve meditación :

— Vamos, me respondió.

Y fuimos en efecto.

— ¿ Por supuesto que las cosas pasaron como las habíais previsto ?

— Exactamente.

— ¿ Y llegasteis á ser propietario de los dos cuadros ?

— Sí, mas como eran cuadro que dormían, en un momento de fastidio me deshice de ellos

— Sí, pero para comprar otros por el mismo precio.

Gibassier hizo con la cabeza una señal afirmativa.

— Entonces, continuó Mr. Jackal, la pieza que acaba de ejecutar Caramela...

— No es ciertamente primera, sino segunda representación.

— ¿ Y creéis, Gibassier, dijo Mr. Jackal cogiendo la mano del filósofo moralista, que en caso de necesidad la representaria tercera vez ?

— Ahora que tiene ya seguridad en el papel no tengo la menor duda.

Al acabar estas palabras, toda la casa de la Brocante, menos Babylas, apareció en la esquina de la calle de Postas. Se habia aumentado con todos los pilluelos del barrio capitaneados por Babolin.

En el mismo momento Mr. Jackal y Gibassier, apresurando el paso, desaparecían tras de la esquina de la calle de las Ursulinas.

— Ya era tiempo, dijo Mr. Jackal viendo á lo lejos la banda, corríamos riesgo, en caso de ser conocidos, de no salir muy bien librados de entre las garras de esa amable sociedad.

— ¿ Debemos apresurar el paso ?

— No ; pero ¿ no estáis inquieto por Caramela ? Me preocupa bastante ese interesante animalito, pues creo que la necesitare para seducir á un perro que conozco.

- ¿Inquieto ¿ por qué ?
 — ¿ Cómo ha de volver á encontraros ?
 — ¡ Oh ! no os inquietéis por eso.
 — ¿ Cómo que no me inquiete ?
 — Sí, podéis estar tranquilo.
 — Pero...
 — No tengáis cuidado, está en seguridad.
 — ¿ Y dónde ?
 — En casa de la Barbeta, en el pasadizo de las Viñas, que es adonde se ha llevado á Babilas.
 — ¡ Ah ! sí... sí... La Barbeta...
 — ¿ No la conocéis ?
 — Esperad ; ¿ no es esa la alquiladora de sillas de Paja-Larga ?
 — Y la mía, excelencia
 — No creí que tuvierais tan religiosos hábitos, Gibassier.
 — Qué queréis, excelencia, va uno envejeciendo, y creo que es ya tiempo de que vaya pensando en mi salvación.
 — *Amén*, dijo Mr. Jackal tomando un enorme polvo que cogió de su tabaquera y aspirándolo ruidosamente.
- Y ambos bajaron juntos la calle de Santiago hasta la esquina de la Vieille-Estrapade, donde Mr. Jackal montó en su carruaje y se despidió de Gibassier.

Éste, dando un rodeo, volvió á entrar en la calle de Postas y subió á casa de la alquiladora de sillas, adonde con permiso de nuestros lectores nos guardaremos muy bien de seguirle.

CAPÍTULO VII.

MIGNÓN Y WILHELM MEISTER.

Vuelta enteramente en sí la pequeña Rosa de Noel, fijó en Ludovico sus grandes ojos claros, tristes é inquietos. Quería hablar, bien para dar gracias al joven, bien para contarle la causa de su desmayo.

Pero el joven puso la mano sobre la boca, recomendándola el silencio, sin decirle una palabra, por temor sin duda de sacarla de la especie de letargo que sucedía ordinariamente á estas crisis.

Cuando hubo vuelto á cerrar los ojos, se inclinó hacia ella como para hablar á su pensamiento.

— Duerme un poco, mi pequeña Rosa, murmuró con dulce voz ; sabes que cuando te dan estos ataques, necesitas un cuarto de hora de descanso. Duerme ; hablaremos después, cuando despiertes.

— Sí, respondió sencillamente la niña en medio de su comenzado sueño.

Tomó entonces Ludovico una silla, la colocó con cuidado al lado de la cama de Rosa de Noel, se sentó, apoyó la cabeza en la madera del catre y pensó...

¿ En qué pensó ?

¿ Debemos, en efecto, hacer traición á los dulces y castos pensamientos que se cruzaban en la mente del joven, durante el casto y dulce sueño de la niña ?

Digamos antes de todo, que ésta estaba encantadora.

Juan Robert hubiera dado su mejor oda, y Petrus su